

EN EL SENORIO DE LOS SCALIGERI

Verona, enero de 1908.

Observa Gautier en su relato de Italia, que es imposible recordar de Verona sin asociarle el nombre de Julieta y Romeo. Y aun hoy, medio siglo después del romanticismo literario—aunque hoy, como ayer, tiempo del romanticismo imperecedero,—cuando los turistas, al venir de Milán á Venecia, detiéndense en mitad de su camino á visitar la ciudad donde los Capuletos y Montescos lucharon, es la leyenda de los amantes sin ventura lo que les trae hasta aquí. No obstante, de mí sé confesar que, á las veinticuatro horas de haber venido, todo el ensueño sentimental se había esfumado al desencanto de las realidades vulgares y las reliquias apócrifas. Raro hubiera sido que semejante ilusión sobreviviera en un sitio cuyo nombre ha llegado á ser la designación antonomástica de la urbe de amor y el palacio de la fatalidad en cuyo balcón labrado, una flotante escala de seda se balancea al claro de la luna. Pero si no es posible encontrar acá ese cuadro de litografía y de soneto, Verona es, en cambio, una ciudad que retiene, si no con su leyenda, al menos con su historia, porque ella fué el señorío de los Scaligeri, dignos

de su época por la fiereza y por el refugio que prestaron á Dante, proscrito y fugitivo de Florencia. Entre las aceras decoradas por los frescos sensuales del Renacimiento, una pintoresca muchedumbre recorre sus calles, y nombres y monumentos acentúan en el viajero la ilusión de una vida intensa y antigua. De la quimera que he perdido y del ensueño que he encontrado en Verona, deseo hablarlos en esta carta.

Imaginad que mi primera mañana, recorriendo la vía Capello, cuyas prolongaciones flanquean por un lado la Piazza delle Erbe y por el otro Ponte á le Navi, me llamó la atención un edificio de sórdida fachada, y sobre ella esa placa de bronce ó de mármol, con la cual se designa las casas ilustres. Tal era la histórica morada de Julieta. Sobre un frente de pocas varas, la fachada se enaltecía hasta tener cuatro pisos. Era de ruda piedra ennegrecida por los años, la fábrica que vuestra ilusión, como la mía, hubiera preferido de rosado mármol y de oros. Era un portón de venta, que daba acceso al patio mal orientado de una cuadra, el pórtico elegante que nuestra imaginación hubiese alzado con torneadas columnas corintias y arcos suntuosos. El balcón no era uno como en alegorías y en estampas, sino un simétrico ventanal que cuadrículaba, sin arte alguno, el muro liso y negro, como en las casas de renta que me entristecían en Londres, todo él de una siniestra y sólida sencillez carcelaria. Franqueado el Pórtico—he de llamarle así: tal Don Quijote llamaba á los portones de las ventas,—vi que de los balcones interiores colgaban pingajos de ropa recién lavada, como acostumbran en los barrios obreros de las ciudades de Italia, y

que aquellas habitaciones formaban un inquilinato plebeyo. Como si todo esto no bastase, el patio estaba colmado de carros y mulas, más algunos hombres que departían distraídos, sin notar en el ámbito, pestilentes olores de chiquero... Así era en la realidad la casa del amor y de la muerte, la casa del ensueño y la tragedia; y tal la habían puesto, que apenas si se conservaba como restos de improbable antigüedad, una especie de blasón en relieve toscamente esculpido en la piedra, y una de esas madonas propiciatorias que, en su nicho cubierto de cristales, aún se conservan hasta en las calles más centrales de Roma.

Salí de aquel lugar pensativamente, sin haberme atrevido á hablar á ninguno de los hombres que departían distraídos junto á sus mulas, y al contemplar, desde la acera opuesta la sórdida fachada y los balcones oscuros, no encontré uno solo como aquél que Romeo, en el lenguaje enfático de Shakespeare llamaba «puerta de la aurora»; el balcón donde en sueños hemos visto balancearse una escala de seda al claro de la luna; el balcón de la amada que por allí salía como un sol en mitad de la noche para eclipsar á «la envidiosa luna»:

Arise fair sun, and kill the envious moon...

No he podido comprender por qué á esta casa histórica la han dejado en semejante abandono, tratándose de Italia que tiene en el turismo una de sus mejores industrias, y que ha organizado para ello las ruinas que glorifican con su antigüedad, la belleza inmortal de su suelo. Esta misma comuna de Verona, por ejemplo, expide un billete

acumulativo para visitar los monumentos históricos de la ciudad. Uno es la Arena de los tiempos latinos, donde 20.000 espectadores aplaudían el combate de los hombres y de las fieras, y cuyas galerías interiores se han conservado tan intactas, que sin tener la magnitud del Coliseo, nos da mejor que aquél una ilusión de las costumbres romanas. Otro es el teatro, romano también, que se ha descubierto y que se procura restaurar excavando en el flanco de una colina que desciende al Adigio, sobre la cual se había construido un pequeño templo católico y moradas humanas. El tercero es el museo cívico, rico en pintores de la escuela veronesa—que á tal extremo estas ciudades italianas dieron al arte una vida local y propia en los tiempos fecundos de su esplendor municipal; sin que hoy falte, por cierto, entre esos representantes de su escuela, aquel Paolo Caliari, veneciano más bien en la gloria, pero más conocido en la historia del arte por el segundo nombre de su ciudadanía veronesa. El cuarto monumento es la tumba de los Scaligeri. Es el quinto lo que aquí se denomina «Sepolcro de Giulietta»; pero creedme que después de visitarlo, no se sabe si el abandono en que las autoridades veronesas han dejado la casa que la tradición popular designa con el nombre de la antigua familia Capuletti, sea preferible á la prolijidad, crédula ó maliciosa, que les ha llevado á convertir en monumento administrado por ellos, un puñado de reliquias apócrifas, donde el empleado de uniforme que las custodia y el ingenuo turista que las visita, comulgan en las mismas apariencias de un fetiquismo laico, aun más horrendo que el fetiquismo religioso.

Es en un barrio apartado, dentro de las murallas de guerra que ciñen todavía la ciudad, cerca de la ribera del Adigio, allí donde las aguas rápidas del río terminan la S que divide entre ambas márgenes el caserío veronés. Es en un barrio silencioso, donde rara vez pasan vehículos, y donde apenas si se siente á la mañana y al atardecer el eco de los clarines en los cuarteles cercanos, pues dada su situación estratégica en el Norte de Italia, Verona ha continuado siendo una plaza fuerte y la cabeza de una región militar. Junto á la acera alérgase una tapia de sencillez provinciana, cuya pequeña puerta da acceso á un solar que á la primera ojeada parece baldío. Pero el guardián que os sintiera picar á la puerta viene á ciceronearos, y él dice que allí se levantaba una capilla, donde la Heroína oía su misa, y junto á ella el convento donde vivió su confesor. Yo siento una desconfianza invencible por los informes orales de estos guías, desde una tarde que en las criptas del Panteón, en París, mientras el empleado conducía uno de los grupos que entran á ellas por turno, pregonando entretanto el nombre y los méritos del héroe, á cuya tumba nos acercáramos, le oí decir: «Aquí yacen los restos de Juan Jacobo Rousseau, poeta, y ciudadano famoso por sus virtudes.» Pero cuando los reglamentos municipales han establecido que un guardián debe acompañaros en vuestra visita, no hay más que resignarse al intrépido discurso del guía, quien suele tener un énfasis pintoresco bajo su melopea de recitado infantil.

Mientras el guardián platicaba, llegamos, en el fondo del solar, á una habitación pequeña y solitaria, donde guardaban de la intemperie un anti-

guo retrato del imaginario confesor y un sarcófago descubierto y vacío, que sin tener inscripción alguna se designaba con el nombre de aquella muerta legendaria. En el vacío del sarcófago, que era de piedra, veíanse tarjetas de peregrinos, cartas y flores secas de amantes desventurados, como en el ara de una divinidad protectora. El sarcófago había sido traído á la habitación de entre las ruinas de la capilla cercana, inexistentes ahora. El laborado tosco de la piedra certificaba una antigüedad secular, pero como había sido hallado en un camposanto de iglesia, sin cadáver ni documento alguno de identificación, pregunté al empleado por qué medios la Municipalidad documentaba esa reliquia, y el pobre hombre no atinó á responderme. Entonces recordé lo que el profesor y humanista Giuseppe Biadego, director de la Biblioteca pública de Verona, é investigador animoso de los orígenes de su ciudad, dice en un opúsculo que me había regalado esa tarde, sobre «Dante y los Scaligeri», los ilustres tiranos que la gobernaron. Hablando de Bartolomeo, el que diera refugio al poeta fugitivo, dice que bien mereció el título de Grande, y «bien mereció que su nombre venciese los siglos, ligándose á la leyenda de Giulietta y Romeo. Y he dicho «leyenda», porque ningún fundamento histórico tiene el hecho piadoso que conmovía y continúa conmoviendo tantos corazones. Y ahora agregó «leyenda literaria», esto es, no salida del alma del pueblo y transmigrada en cantos y tradiciones de edad en edad y de países en países, sino germinada en la fantasía de un novelador en pleno Renacimiento. ¿Qué importa? La leyenda, cualquiera que sea su origen,

vale á las veces mucho más que la historia, y la novela de esos amantes, verdadera con la verdad eterna del amor y del arte, vive vida inmortal en la tragedia inglesa.»

Oh, sí. La leyenda vale casi siempre mucho más que la historia, pero ¡cómo la empequeñece ó debilita la burda «mise en scène» forjada para la ubicua credulidad de los viajeros!... La amada de Romeo, como Laura, como Margarita, como Beatriz, como Eloísa, como todas las mujeres ideales que individualizan en sus nombres excelsos, ó dan formas en ellas, al ansia irrealizable de nuestros sueños errantes, han sufrido el molar de la crítica materialista, pero de entre el documento que buscaba vulgarizarlas ó suprimirlas, ellas han surgido más puras en sus bellezas, como de un ácido voraz, blancor de perla ó esplendor diamantino. Empero, cuanto buscaron en vano los doctores de la vulgaridad, realizase en un instante de desilusión, ante sórdidas realidades y reliquias apócrifas. Los seres que viven la vida inmortal del amor y del arte, no necesitan de la realidad cotidiana para su revelación, porque su forma es invisible y la huella sideral de sus plantas sólo queda en un polvo impalpable. Por eso al venir á Verona, bastaríanos la inmensa sugestión de su nombre para sentirse feliz en ella, y evocar á la hora en que la tarde cae sobre las circundantes colinas, las bárbaras figuras de sus tiempos heroicos y las figuras dolorosas de su ficción sentimental.

Yo no he sentido en las otras ciudades de Europa la ilusión de la antigüedad tan intensa como en Verona. Es como si los años pretéritos volvieran á hacerse actuales, ó como si nosotros retrocedié-

ramos en los siglos. Oxford da una emoción semejante, pero en Oxford se notan las limitaciones de la vida escolar, y desde el estudiante uniformado hasta la uniformidad de sus edificios vetustos, todo contribuye á fijaros la idea de su existencia reglamentaria. Mantua podría comparársele, si sus calles no estuviesen demasiado desiertas y sus casas muertas no diesén la impresión de una grandeza pasada. En Verona, por el contrario, se sienten palpitations de vida actual, y una muchedumbre pintoresca reanima, con un nuevo hábito de actividad ciudadana, el escenario apenas modificado de los grandes siglos. Centro de una región militar, las músicas marciales, resuenan á diario, y á la hora de la tarde, los oficiales y soldados vienen á pasear sus trajes multicolores y sus sombreros fantásticos en la gran plaza que se extiende al pie de la Arena y que tiene de la otra parte un viejo y rudo pórtico de piedra. Por esa misma plaza cruzan con frecuencia clérigos embozados en sus negros manteos, ó artesanos que gastan capa corta y arcaico capacete, como en los cuadros de los museos. Y al cerrar la noche, toda esa pintoresca muchedumbre, dispersa durante la jornada, congégase á platicar en la estrecha y populosa Vía Nova que une la Arena con la Piazza delle Erbe.

Y ahora mi consejo, viajero que algún día vendréis á Verona. Si traéis un ensueño romántico, no visitéis la casa de los Capuletos; tampoco visitéis la tumba apócrifa de su hija desventurada. Preferid, en todo caso, un lento y solitario vagar en sus calles antiguas, entre las silenciosas casas del pueblo ó los palacios cuya restauración aconsejaba Ruskin á los grandes señores de Inglaterra,

para que viniesen después á habitarlos. Deteneos á contemplar, cuando la curiosidad os requiera, los torsos desnudos que aparecen en sus fachadas envejecidas, como resto glorioso del Renacimiento. Id por la noche á la piazza delle Erbe, á escuchar el rumor mujeril que pregona sus coles y lechugas entre una fuente del siglo x, y la tribuna de piedra desde la cual se proclamaban las resoluciones de la justicia en los tiempos de la república. Id á mediodía, cuando la luz es plena, á ver las estatuas de Carlomagno, Roldán y de los Oliveros en la catedral, y las ecuestres de los Scaligeros, que fueron los señores de Verona, cabalgando sobre sus maravillosas tumbas góticas que Taine admiraba. Y cuando os hayáis impregnado de esas visiones y ese ambiente, ascended á la tarde, por la ribera curva del Adigio, hasta el puente del Castillo Viejo, y al salir hacia una arboleda que estará deshojada en el otoño y en la primavera verde de hojas, solo vos mismo, con vuestro ensueño, mientras baja la noche en las circundantes colinas alpestres, sentiréis que Verona aún puede seguir siendo una ciudad de ilusión y de peregrinación, y que aún pueden erigirse, en su amurallado recinto, fantásticos palacios de mármol y de oro, para colgar de su balcón labrado, bajo la luz de la luna, una escala de seda...

FIN